

haremos entre el bien y el mal, entre el motivo del deber y el de la pasión. Desde entonces sabe nuestra historia, que no es mas que una lucha mas ó menos larga entre dos atracciones opuestas : una que nos inclina hácia nuestro fin real ; otra que nos aparta de él hácia un término bajo y falso. Y no siendo esta ciencia anticipada de nosotros mismos la causa de nuestros actos, no coarta mas nuestra libertad que si no existiese.

El error en esta materia consiste en considerar el libre albedrío como una especie de potencia abstracta, independiente de su propio estado, y sin otro móvil que un capricho ilimitado. Si esto fuese así, no sería el hombre capaz de prever sus propias acciones un instante ántes de ejecutarlas. Su soberanía no sería sino una sinrazon permanente. Escogería entre el bien y el mal, sin saber porqué, y guiado por la casualidad, iría desde el crimen á la virtud por un exceso de libertad, y no halláramos en él sino un autómatas desarreglado. Tal no es el hombre, ni el libre albedrío ; ya os lo he hecho ver, y no me resta mas que dejar á vuestra conciencia elegir entre la moral cristiana y la del racionalismo.

El cristianismo concluye en la caridad y en la libertad ; el racionalismo concluye en el egoismo y en la fatalidad. Si en las cuestiones anteriores, que no se dirigian sino á la razon, algun resto de sombra afligia aún vuestra necesidad de luz, esta sombra acaba de desvanecerse. El abismo del error ha iluminado el abismo de la verdad. Así como los dogmas especulativos de la existencia de Dios, de la Trinidad, de la creacion, de la diversidad sustancial de la materia y del espíritu, y de la vocacion del hombre á la perfeccion y á la beatitud, conducen al dogma práctico de la distincion del bien y del mal ; asimismo, los dogmas especulativos del panteismo, del dualismo, del materialismo y del escepticismo, conducen al dogma práctico de la confusion del bien con el mal ; término supremo que todo lo discierne, y en donde las tinieblas se convierten en claridad.

SERMON QUINCUGÉSIMO PRIMERO.

Del hombre considerado como ser social.

Quando Dios hubo creado al hombre, y despues de haberle animado con el soplo de la vida, hubo derramado en su alma la luz y la justicia, la luz de la verdad y la justicia de la caridad, se detuvo, si es permitido decirlo así, para mirar su obra ; y viendo abrirse los ojos del hombre, escuchar á sus oídos, y temblar sus labios con la primera articulacion de la palabra, cuando hubo visto en fin á aquel barro que habia tocado su mano poderosa convertido en criatura sensible y racional, se quedó pensativo, como si faltase alguna cosa á la obra maestra que acababa de producir. En efecto, el misterio de nuestra creacion no estaba aún terminado ; Dios se recogia en sí mismo por segunda vez para poner á nuestra naturaleza el sello de una perfeccion mayor, y de antemano expresó su intento diciéndose á sí mismo : *Non est bonum hominem esse solum : no es bueno que el hombre esté solo* (1).

¿Por qué no era bueno que el hombre estuviera solo ? ¿De qué manera dejó de estarlo ? Tal es, señores, el objeto que hoy propongo á vuestras meditaciones y en el que veréis que la sociedad es el tercer don primitivo que Dios nos ha hecho, y el tercer medio que debía servirnos para el cumplimiento de nuestro destino.

Ningun ser está solo. Ya miremos por encima ó por debajo de nosotros, á Dios ó á la naturaleza, en todas partes vemos la pluralidad y la asociacion. Dios que es uno, no está solitario ; encierra tres personas en la unidad de su sustancia, y el mundo inferior que está dividido en una multitud innumerable de diferentes grupos, no presenta ninguno en que la criatura tenga la soledad por mansion y por ley. En cada grado de la existencia, encontramos el número y la union, es decir, la sociedad. El número sin la union no sería sino el aislamiento ; pero cuando seres distintos por la individualidad, semejantes por naturaleza, vienen á prestarse su vida, á penetrarse

(1) Génesis, cap. 2, vers. 18.

recíprocamente y á obrar los unos sobre los otros por relaciones mutuas, entonces hay sociedad, y tal es el estado de todas las criaturas inferiores al hombre; tal es el estado bajo un modo mas perfecto, de las divinas personas en el cielo. Intentad, señores, presentaros un ser absolutamente solitario, es decir, que no tenga semejanza ni relaciones con nada, y no crearéis en vuestra imaginacion sino un fantasma abstracto, una especie de Dios nada, porque sería á la vez infinito y vacío: infinito por falta de límites, vacío por falta de actividad. El aislamiento es la negacion de la vida, puesto que esta es un movimiento espontáneo, y el movimiento supone relaciones; es todavía mucho mas la negacion del órden, de la armonía, de la belleza y de toda perfeccion y beatitud, puesto que ninguna de estas cosas podría concebirse sin la doble idea de pluralidad y de unidad. La pluralidad sin la unidad es el desórden positivo; la unidad sin pluralidad, el negativo. En el primer caso falta el lazo de union á los seres; en el segundo los seres faltan al lazo. Ahora bien, donde hay desórden, es evidente que la armonía, la belleza, la perfeccion y la beatitud se desvanecen al mismo tiempo. Con justicia era pues, cómo Dios, mirando al hombre en la soledad de su creacion, pronunció aquellas palabras: *No es bueno que el hombre esté solo.*

Es cierto que por su posicion intermedia entre el mundo superior y el mundo inferior, el hombre, compuesto de cuerpo y de espíritu, se hallaba en relacion con la naturaleza y con Dios; pero esta doble relacion no le dejaba menos solo en su especie; solo en el rango que ocupaba como una especie de estilito perfido entre el cielo y la tierra. Aunque la naturaleza hubiese bastado á sus necesidades corporales, y Dios á las de su espíritu, privado el hombre de relaciones con seres de la misma forma y del mismo grado, no hubiese bastado á la grandeza del puesto que estaba encargado de llenar. Su historia hubiese sido demasiado corta, sus peligros muy limitados, sus virtudes muy restringidas; como tenia un mundo debajo de él y otro encima, era preciso que él mismo fuese un mundo, y que así todas las partes de la creacion, aunque desiguales entre sí por su lugar y su esencia, respondiesen unas á otras en cierta proporcion de inmensidad. El hombre debia extenderse sin dividirse, crecer en número para crecer en union, y convertirse con la majestad del número y en la armonía de la union en un teatro de virtudes tal cual lo exigian la perfeccion del universo y la suya propia. Circunscrito al aislamiento, no hubiese tenido sino á Dios por objeto de sus deberes; miembro de un cuerpo compuesto de seres semejantes á él,

sus oficios abrazan con Dios á toda la humanidad. La ley del amor, resúmen de toda justicia, no fulguraba solo de la criatura al Creador, sino que animaba con su vida todos los orbes de la creacion. Señores, esta grande obra la tenemos á la vista.

Sesenta siglos hace, que la sociedad humana ha cubierto con sus instituciones el camino de la historia. Mas fuerte que el tiempo, ha resistido á todos los desastres, y se ha rejuvenecido constantemente en las ruínas en donde se sepultaban los pueblos ya gastados. Ella es la que ha conducido nuestra infancia en los azares de las emigraciones primitivas, y la que nos ha repartido la tierra. Ella es la que, despues de habernos dispersado por todas las riberas habitables, nos ha reunido á pesar de la envidia de los desiertos y de los furoros del océano. Ella es la que ha edificado las ciudades célebres, la que ha promovido las artes, fundado las ciencias, propagado las letras, elevado el espíritu del hombre á la perfeccion, y la que ha dado á su corazon, con ofrecerle la ocasion de todo género de sacrificios, la gloria de todas las virtudes. Ella es en fin el modo permanente de nuestra vida terrestre, y si el viajero en el fondo de los bosques ó en los escarpados bordes de algunas islas extraviadas descubre tribus privadas de toda civilizacion, observa en ellas, no obstante algunos rudimentos del estado social, algunos restos ó bosquejos de relaciones que demuestran la impotencia en que se halla el hombre de vivir solo.

Y sin embargo ¿quién lo creeria? el dogma de la sociedad no ha experimentado menores ataques que los otros. Así como se han hallado sabios capaces de negar á Dios, la creacion, la distincion de la materia y del espíritu, la verdad y la diferenciá del bien y del mal, no han faltado otros que sostuviesen, no solo que la sociedad es una institucion puramente humana, sino aun mas, una institucion contra naturaleza. Se ha querido persuadirnos que era el manantial de todos nuestros males, y que nuestra decadencia habia empezado el mismo dia que nuestra civilizacion. ¿Quién de nosotros no se ha representado en los tiempos de su juventud, que andaba libre por los desiertos del nuevo mundo, no teniendo mas techo que el cielo, mas bebida que el agua de los rios desconocidos, mas alimento que el fruto espontáneo de la tierra y la caza que mataba con sus manos, otra ley que su voluntad, ni otro placer que el sentimiento continuo de su independenciam y los riesgos de una vida sin límites en un suelo sin poseedores? Estos eran nuestros sueños. Nuestro corazon palpitaba de gozo al reconocerse, si en cierto libro célebre veníamos á dar en aquella página en que el hombre de la civi-

lizacion dice al hombre del desierto : « Chactas, vuelve á tus bosques, recobra la santa independencia de la naturaleza que Lopez no quiere arrearte; yo mismo te seguiria si fuese mas jóven : » nos parecia al leer estas palabras que las estábamos oyendo; nuestra alma oprimida volaba con ellas á las regiones ideales, y solo volvía con dolor al peso monótono de la realidad.

¿ Estábamos entonces en lo verdadero? ¿ Este movimiento de nuestra alma fuera de la sociedad era una aspiracion hácia el estado primitivo en que Dios nos habia puesto, ó bien una rebelion contra el orden establecido en nuestro favor por su providencia? Era una rebelion, señores, un arrebató del egoismo, impaciente con los límites que nos impone la comunión universal con nuestros semejantes, y haciendo esfuerzos para entregar el universo á nuestra sola individualidad. Mientras que en el plan de la bondad divina la felicidad es el derecho y el patrimonio de todos, nosotros tratábamos de salirnos de la humanidad para sustraernos á la reparticion de los bienes y de los males, y libertarnos de este modo de los deberes que resultan inevitablemente de un gran conjunto de relaciones. Odiábamos en la sociedad la dependencia y el trabajo. La dependencia primeramente, porque la sociedad no existe sino por la unidad; la unidad se forma por medio de lazos; los lazos, cuando se trata de seres inteligentes, se cambian en leyes obligatorias para la conciencia, y se ven sostenidos por la doble autoridad de la fuerza pública y de la opinion. Este es un yugo aceptado por la virtud, que no separa jamás su suerte de la suerte de los otros, pero muy pesado para el egoismo que no vive sino para sí; y esta es la razon porque, siendo la soledad la destructora de todas las leyes, en razon á serlo tambien de todas las relaciones, el egoismo aspira á la soledad por librarse de la dependencia. No aborrece menos el trabajo, otra de las consecuencias del estado de civilizacion. Unos cuantos hombres esparcidos en un territorio inmenso viven á poca costa. Abandonada la naturaleza á sí misma, provee á todas sus necesidades, y disminuyendo en ellos el aislamiento el atractivo que reproduce la vida, su número no se aumenta sino con una lentitud que no inquieta jamás á su ociosidad. El hombre social, al contrario, tiene una paternidad fecunda como su corazón; ve cambiarse con la bendicion de Dios, la familia en tribu, la tribu en ciudad, la ciudad en nacion; las tiendas se abrigan detrás de las murallas; los territorios se determinan ya por límites, y la naturaleza falta ante las olas de la humanidad. Entonces es preciso que el arte supla á su falta de espacio y de vigor; es nece-

sario que un trabajo asiduo secunde las invenciones del arte. Innumerables oficios reclaman los brazos del hombre, y los brazos del hombre á su vez solicitan los oficios. Nuestras venas no se llenan sino con el fruto de nuestro sudor. Cada gota de nuestra sangre se le compra á la tierra al precio de una virtud.

Esto es mas que suficiente para espantar el egoismo, y para persuadirle que el orden social no es sino una impostura en un martirio. Yo no lo refuto ya, señores, os explico tan solo cómo es que el dogma cristiano de la sociedad tenga contradictores y enemigos. Dependencia, trabajo; estas palabras son duras, no puedo negarlo, y el que no las acepte se halla necesariamente en rebelion contra la realidad de las cosas humanas.

Pocos dias hace, señores, que habeis grabado en los monumentos de vuestra capital esta inscripcion : *Libertad, igualdad, fraternidad*. Esta es en efecto una parte de la carta primitiva que ha unido á los hombres entre sí, y fundado el género humano; pero no es toda ella. Es la carta de los derechos, pero no la de los deberes. Ahora bien, el hombre que vive en sociedad, no puede pasar sin deberes, como no puede pasar sin derechos. Si le es necesaria la libertad para permanecer criatura moral, para no ser sofocada en las opresiones de una dominacion exagerada é injusta, la obediencia le es tambien necesaria para mantenerse con el auxilio de una ley comun y sagrada en el hogar vivo que le hace una nacion. Si la igualdad le es necesaria para no decaer del rango en que Dios le ha colocado por un origen que le es comun con todos sus semejantes, la gerarquía le es necesaria tambien para no caer por falta de un gefe y de una autoridad en la impotencia de la disolucion individual. Si la fraternidad le es necesaria para que un sentimiento de confianza y de amor ensanche los lazos estrechos del orden social, para que la humanidad permanezca como una gran familia salida de un padre comun, la veneracion le es tambien necesaria para reconocer y fortificar la autoridad de la edad y la magistratura de la virtud y el poder de las leyes, en los que están encargados de ellas, ya como legisladores, ya como soberanos. Escribid, pues, señores, si quereis fundar instituciones duraderas, escribid encima de la palabra libertad, la palabra obediencia; encima de la palabra igualdad, la palabra gerarquía; encima de la palabra fraternidad, la palabra veneracion; y encima del símbolo augusto de los derechos, el símbolo divino de los deberes. Ya os lo he dicho en otra parte : el derecho es la faz egoista de la justicia; el deber es su faz generosa y desintere-

sada. Apelad de aquel á la abnegacion para que la abnegacion os responda, y que vuestro edificio triunfe de las pasiones ardientes, que desde el origen de la sociedad no cesan de maquinan su ruína.

La sociedad humana no es odiada solamente por sí misma y á causa de las virtudes civiles que impone, sino que lo es tambien por otra razon que importa que sepais. Dios, que ha sido el fundador de la sociedad, es tambien su conservador. Él la sostiene por la fuerza de su nombre, que se ha perpetuado en ella bajo la custodia de las tradiciones dogmáticas y de las observancias religiosas. Ningun pueblo ha podido vivir sin este nombre venerado; ninguna ciudad se ha edificado sino sobre la piedra angular del templo. En vano espera el impío abolir la memoria de Dios, mientras no haya abolido la sociedad que la tiene en depósito, y que vive de este tesoro hereditario de la humanidad. La sociedad humana y la sociedad religiosa son dos hermanas nacidas en un mismo día de la palabra divina; la una mirando al tiempo, la otra á la eternidad: distintas por su dominio y por su fin, pero unidas indisolublemente en el corazon del hombre, sosteniéndose la una á la otra, cayendo juntas, y desafiando juntas por su comun inmortalidad el odio que persigue á los dos. No perdais este punto de vista, señores, si quereis comprender de qué se compone esa levadura de anarquía que subleva el corazon del hombre contra la sociedad. La sociedad no es otra cosa que el orden, y el orden tiene en Dios su raíz invulnerable. Cualquiera que no ame á Dios tiene con esto solo un motivo permanente de aversion contra el estado social, que nunca puede existir sin Dios.

De aquí proviene que las épocas antireligiosas producen infaliblemente teorías antisociales. Vosotros lo habeis visto en el último siglo. Mientras que los doctores de una generacion ligera entregaban al ridículo á Jesucristo, á la Biblia y á la Iglesia, otros escribian con pluma no menos atrevida contra la sociedad humana. Se ensalzaba el estado salvaje como el estado primitivo del hombre, y como siendo incomparablemente el mejor de todos; se exhortaba á volver á él, con el arco y la flecha en la mano, á los afeminados cortesanos de las delicias de Térianon. Lo menos que se decia era que la sociedad se habia formado por un contrato voluntario, y se buscaban con una gravedad formidable las cláusulas de aquel contrato fabuloso.

¿Será necesario probaros que el orden social no es ni una institucion contra naturaleza, ni una institucion facultativa? Estamos muy lejos de los tiempos en que se agitaban estas cuestiones, pueriles en

sí mismas, pero que hacia importantes la decadencia de la monarquía en que se trataban. Hoy que esta monarquía ha desaparecido en una tempestad, y que la época de la reconstruccion ha sucedido á la de las ruínas, las inteligencias se ocupan mucho mas de los problemas económicos de la vida social, que de las circunstancias de su origen ni de las causas primitivas de su establecimiento. Por esto yo me limitaré á las pocas palabras que son necesarias para confirmar racionalmente el dogma de la sociedad, tal como lo profesa la doctrina católica.

Una cosa es natural cuando es conforme á la constitucion real de un ser. Ahora bien, el estado social es evidentemente conforme á la constitucion del hombre, puesto que en todas partes y siempre ha vivido este en sociedad. Es cierto que se nos opone la existencia de las tribus salvajes de América, y de un gran número de islas sembradas en el Océano; pero estas tribus mismas, aunque faltas de civilizacion, viven tambien con rudimentos informes de comunidad. Son ramas desunidas por accidente del grande árbol humano, y que, privadas de la savia de las tradiciones, sustraídas á la ley de la enseñanza oral, vegetan en los mas remotos confines de la sociabilidad sin haber roto el último anillo que las retiene en ella. Que la verdad y la caridad vayan á buscarlas al cabo del mundo; que la palabra del Evangelio, llevada por las nubes del cielo, vaya á caer sobre la gleba inculta de su alma, y las veréis tender la mano al apostolado, cubrir su desnudez, hundir el arado en el suelo de sus bosques, reunirse bajo el árbol y el signo de la cruz, é inclinar sus frentes ante la presencia invisible de Dios, de quien no tienen sino una idea tan incierta como su vida. No lo ignorais, la Oceanía ve hoy el cumplimiento de estas maravillas, y las islas afortunadas de Mangareva envian á nuestros viejos continentes el bálsamo virginal de una civilizacion que vuelve á hallar una cuna en las ruínas del desierto.

No quiero decir con esto que pase fácilmente ni siempre el salvaje al estado de perfeccion social; no, señores, esta es una obra difícil que cuesta tiempo, una serie de circunstancias felices, y que á causa de esto se ve raras veces coronada de buen éxito. No se arranca en un día á una poblacion entera de la torpeza de una ociosidad inveterada y del libre desahogo de las pasiones. Basta que se haya hecho, y tambien que se haya comenzado, para que el estado salvaje deje de ser una objecion contra el temperamento social del hombre. El Iroqués ó el Hurón no está civilizado, pero es apto para estarlo; y si no lo logra por sí solo y ayudado de sus propias fuerzas, es por la

misma razon porque el sordo es mudo. Ninguno es iniciador de sí mismo. Todo hombre ó toda tribu salida de la sociedad, que es la grande y universal iniciadora, no podria volver á entrar en ella sino por medio de un legislador que la lleve del foco comun, la verdad, la justicia, el órden y el sacrificio. No hay necesidad de correr al océano Pacifico para encontrar allí al salvaje; cualquiera que rechaza la tradicion social por pasiones sin freno es un salvaje voluntario, tanto mas degradado, cuanto que toca á la fuente de la verdad y del bien. Vosotros habeis encontrado, señores, algunos de esos seres que han perdido por su culpa la civilizacion, y seguramente no habeis deducido nada de su miseria moral contra la dignidad de nuestra naturaleza ni contra su sociabilidad. La excepcion no ha destruido jamás una regla, y aun aquí no hay excepcion. El salvaje es al hombre civilizado lo que una planta silvestre á otra que se ha desarrollado regularmente; atestigua por su misma deformidad en favor del tipo normal, cuya plenitud no ha alcanzado.

El hombre vive, pues, socialmente en virtud de su constitucion nativa; es naturalmente sociable, y en su consecuencia naturalmente social. No ha sido un contrato facultativo el que le ha puesto en sociedad; él ha nacido en sociedad. Y si acontece que salga de ella por un accidente funesto, que le separa del tronco comun, le es imposible volver á entrar por sí mismo bajo la forma de un contrato ó de una deliberacion. Vegeta en este estado hasta que el hombre civilizado va á darle la mano, y le levanta por la soberanía fraternal de la palabra al rango de una inteligencia iluminada por Dios. Porque Dios ha sido el primer iniciador del género humano en la vida social, y el que despues de haber depositado en sus entrañas, con la verdad y el amor, el gérmen de la aproximacion mutua, le ha dado igualmente el primer impulso. La verdad y el amor son la base del órden social; por todas partes en donde se encuentran almas que hayan recibido este don, el principio de sociedad existe en ellas y tiende á unir las. Mas este principio puede estar aletargado ó degradado; por esto exige, por preexistente que sea, una intervencion iniciadora que le despierte si está aletargado, que le purifique si está degradado. De suerte que estas dos cosas son igualmente ciertas, á saber: que la sociedad es natural al hombre, y que sin embargo es de institucion divina. Es natural en el hombre, porque como ser inteligente y moral ha recibido en su creacion el gérmen inteligible de la verdad y del amor; es de institucion divina, porque Dios ha sido el primero que ha puesto directamente al hombre en posesion activa de la ver-

dad y del amor, y el primero tambien que le ha dado lugar de aplicar la verdad y el amor en relaciones de semejante á semejante y de igual á igual.

Tiempo es ya de que asistamos á aquel momento supremo del drama de la creacion, y que veamos surgir la sociedad humana de la mano benedicta á quien todo se lo debemos.

Dice la Escritura, que cuando Dios hubo pronunciado aquella hermosa palabra: *No es bueno que el hombre esté solo*, infundió en el hombre nuestro primer padre un sueño profundo y misterioso. Esto consistia en que Dios temia en cierto modo ser turbado por la mirada del hombre durante el trabajo sublime á que se preparaba: no queria que ninguna otra mirada que la suya interviniese en el acto que iba á dar la pluralidad al hombre sin destruir su unidad. Tal era la obra que su soberano poder se proponia cumplir. Tomando por ejemplar de la sociedad humana el órden eterno de la sociedad divina, queria que no hubiese solamente unidad moral en las relaciones de hombre á hombre, sino que estas relaciones tuviesen su origen en una unidad sustancial, imitadora en cuanto fuese posible del lazo que reúne las tres personas increadas en una inefable perfeccion. La humanidad debia ser una por la naturaleza, por el origen y por la sangre; y no formar de todos sus miembros, por medio de esta triple unidad, mas que una sola alma y un solo cuerpo. Este plan era conforme al objeto general de Dios, que era crearlos á su imágen y semejanza, á fin de comunicarnos todos sus bienes; era tan digno de su sabiduría como de su bondad, y cuando pienso que una impiedad vulgar ha podido reirse del acto magnifico que fué la realizacion de él, siento una profunda compasion al ver el abatimiento en que cae toda inteligencia que desconoce la de Dios.

El hombre estaba, pues, á los piés de su criador y de su padre, embriagado en la inercia de un sueño sobrenatural, sin saber nada de lo que se meditaba sobre él, y Dios le miraba pensativo. ¿Era necesario dividir esta hermosa criatura para multiplicarla? ¿Era necesario crear á su lado una imágen de ella misma, sin mas comunidad que la semejanza, y hacer salir el género humano de un primer hombre asociado á otro segundo? Esto hubiese sido destruir la unidad en la misma raíz de donde debia florecer. Entonces hubiese habido dos sangres, y no debia haber mas que una. Era preciso que la humanidad entera saliese de un solo hombre; que la pluralidad viviente procediera de la unidad viviente, y que multiplicado el hombre sin dividirse reconociese en su semejante, emanado de él, los

huesos de sus huesos y la carne de su carne (1). Con este pensamiento Dios se inclinó hácia el hombre y fué á tocarle; ¿pero dónde le tocará? La frente del hombre, sitio donde reposa su inteligencia, y el mas prominente de su belleza, se ofrecia naturalmente el primero á la mano creadora, y parecia llamar sobre sí la nueva bendicion que iba á descender sobre nosotros. Dios no le tocó allí. Por bella que sea la facultad de la inteligencia, no es el término de nuestra perfeccion; serena como la luz y fria como ella, no era el punto que le corresponde en la arquitectura exterior del hombre, de donde Dios debia hacer surgir el milagro de nuestra pluralidad consustancial. Dios conocia otro sitio mejor, y allí puso la mano. Este sitio fué el pecho del hombre; allí donde su corazón marca con su movimiento el curso de la vida, y en donde todos los afectos santos tienen su correspondencia y su eco. Dios escuchó un momento á aquel corazón tan puro que acababa de crear, y arrancando por un pensamiento de su omnipotencia una parte del escudo natural que le cubre, formó á la mujer de la carne del hombre, y su alma con el mismo soplo con que habia creado el alma de Adán. El hombre vió al hombre. Se vió en otro con su majestad, su fuerza, su dulzura, y con una gracia mas, matiz delicado que no le presentaba una semejanza sino para establecer entre las dos partes de sí mismo una funcion mas estrecha. Primera mirada del hombre al hombre, ¿qué fuiste? Primer instante nupcial de la humanidad, ¿quién te podrá explicar? Nosotros no trataremos de pintarlo, señores; nosotros no disminuirémos con una vana poesía la solemnidad de aquellas nupcias consagradas por el mismo Dios; é imitando la austera sencillez de la Escritura, nos limitaremos á decirnos lo que ella nos ha dicho.

Después que Dios hubo conducido al hombre su compañera, según la expresion de las santas páginas, pronunció sobre ellos la bendicion de una fecundidad inagotable en los términos siguientes: *Creced y multiplicáos y llenad la tierra* (2). Y con estas palabras, eficaces como todas las palabras de Dios, recibió el hombre el don de reproducirse y de perpetuar el milagro de la difusion de su ser, en vástagos personalmente distintos de él, pero una sola cosa con él por la forma y por la sangre. La humanidad estaba fundada, y el hombre en quien acababa de serlo, el hombre rey, esposo y padre, llevando ya en su seno la innumerable posteridad de sus hijos, entonó el himno del primer himeneo, cántico del primer amor, la ley de la

(1) Génesis, cap. 2, vers. 3. — (2) Génesis, cap. 1, vers. 28.

primera familia y la profecía de todas las generaciones. Oigámosle, señores, oigámos á nuestro primer padre hablando á su raza en nombre de Dios; escuchemos la primera palabra humana que atravesó los siglos y que enseñó al género humano: *Hé aquí, dice, el hueso de mis huesos y la carne de mi carne, esta se llamará virgen porque ha sido sacada del hombre; por ella el hombre abandonará á su padre y á su madre y se unirá á su esposa, y serán dos en una misma carne* (1). Tal es la ley de la familia, de la sociedad y de la civilizacion; tal el oráculo que arreglará perpetuamente la suerte de la humanidad. Todo legislador que desprecie este mandamiento, no fundará sino la barbarie; todo pueblo que se separe de él, no alcanzará la era de la justicia y de las santas costumbres. De la constitucion de la familia dependerá en todas las edades el progreso ó la decadencia de la sociedad, y la constitucion de la familia, firmada por el hombre y firmada por Dios, está escrita en la carta cuya promulgacion acabais de oír. La mujer no será esclava del hombre, sino hermana suya, *el hueso de sus huesos y la carne de su carne*. En cualquiera parte en que se la degrade de este rango, el hombre mismo quedará degradado y no conocerá los puros goces del verdadero amor. Sujeto al dominio de los sentidos, la mujer no será para él sino un instrumento de deleite; ella no le hablará de Dios con la autoridad de la ternura, ni endulzará su corazón con el encanto constante del suyo, ni civilizará su vida con la delicadeza innata de su ademan y de su voz. El umbral doméstico, símbolo de la servidumbre, en lugar de recordar al hombre las horas santas y afortunadas de su peregrinacion sobre la tierra, no le recordará sino la inconstancia de sus placeres y la dureza de sus pasiones.

Pero la mujer no será solamente la hermana del hombre en virtud de la comunidad de origen; será tambien su esposa, y ella le llevará en la virginidad de su cuerpo y de su alma un don inestimable, un don que el hombre ya no podrá recibir de otra, hasta que la muerte haya roto el juramento que habrá sido su precio. « *La mujer, dice Adán, se llamará virgen; por ella abandonará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su esposa, y serán dos en una misma carne.* » Serán dos y no mas, serán dos hasta no ser mas que una carne; y como la muerte disuelve la unidad de la carne, solo la muerte destruirá la unidad del matrimonio, manantial de la vida. Si la fragilidad del corazón humano olvida este orden, si se atreve á

(1) Génesis, cap. 1, vers. 23 y 24.